

tienen de noble y acertado. Rechazo la idolatría, rechazo el olvido, porque la primera inmoviliza, y el segundo desorienta.—Ni acierto á comprender cómo quien aconsejaba el olvido, podía decir: «somos continuadores de la revolución de Mayo: veneramos sus tradiciones y sus glorias: la vida de los pueblos es trabada y continúa en su progreso, en la formación lenta y laboriosa de sus formas políticas y de su estructura social.»

Como véis, señores, el remedio era errado, porque el diagnóstico era imperfecto.

Y puesto que en esa máxima estaba condensada toda su doctrina, ha llegado el momento de abarcar lo que hemos discutido en detalle, para terminar.

He aplaudido el método cuya apología hicieron para mejorar procederes desacreditados por sus frutos. Un idealismo destemplado en materias políticas y un espíritu conservador en materias sociales habían producido, por su alianza, al parecer absurda, dos efectos deplorables: la inconsistencia de los ensayos constitucionales y la desarmonía entre el ideal de la sociedad y sus recursos para obtenerlo. La única fracción que había revelado tener sentido práctico y procurado fundar la Constitución en la filosofía de las costumbres alcanzó una influencia escasa y sufrió una descomposición rápida. Entre tanto, sólo uno de los viejos unitarios se convertía en la adversidad: Rivadavia; y los que habían seguido su iniciativa y su palabra, le excedieron

en fanatismo por las utopías que él abjuraba. La juventud ponía en mejor camino las ciencias políticas: aliaba en su método la experiencia y el racionalismo, y en consecuencia, tomaba el término prudente entre el idealismo que remata en las quimeras y el empirismo que aniquila el progreso.—Colocada en este terreno le eran accesibles varias ideas fundamentales, cuyo comentario voy á resumir.

Su noción de la soberanía es correcta. Su doctrina respecto á la consolidación de la libertad puede compendiarse en estos dos términos: la limitación de la soberanía por el influjo de la ley absoluta de cuyo fondo nace el derecho natural,—y la organización de la sociedad fundada en la fuerza intelectual y moral del pueblo. Desalojaba la doctrina errónea que atribuye la soberanía al número y la omnipotencia al pueblo, como asimismo la incauta confianza depositada en las formas del gobierno popular cuando no se advierte que la tiranía es compatible con ellas y que los despotismos populares no ceden á ninguno en ferocidad. Las formas externas son estériles cuando no expresan una capacidad actual de gobierno propio; algo más que una capacidad, el gobierno propio en ejercicio.

Pero al indicar estos principios, el *Dogma socialista* no tenía una idea clara de los que ellos entrañan; había vaguedad en sus conceptos, vacilación en su lógica, timidez en sus aplicaciones concretas.

Difería de los idealistas de la generación an-

terior en que aceptaba la necesidad de armonizar la sociabilidad con la política; pero á esta idea abstracta no correspondía un plan fundado en los datos, que según su propia confesión, debían ser el punto de arranque de la ciencia social argentina. El gobierno libre es movimiento, por lo cual no arraiga en los pueblos cuya vida es absorta en los motores políticos, porque lo inorgánico es necesariamente inmóvil. Reconocer la autonomía de cada centro elemental, equilibrar sus relaciones bajo el imperio de la ley: introducir en la vida individual la regla de responsabilidad y de trabajo que se quiere incorporar en la institución política: esto es organizar una sociedad y adecuarla para el régimen democrático.—Tampoco fué lógico al derivar de la noción de la soberanía racional un derecho político imperfeccionado por el privilegio.—De manera, que en estas dos cuestiones, comunes á cualquiera sociedad democrática, invertía los términos y anulaba su sistema; y advertimos en él vacilaciones análogas siempre que tiende á aplicar una abstracción. Si preconiza la necesidad de elevar el espíritu del pueblo, diserta sobre la filosofía, sobre las ciencias y las bellas artes; pero se abstiene de definir la educación común, que es la que disciplina las fuerzas democráticas, diseminando la luz y fortaleciendo los caracteres. Mas su timidez resalta singularmente cuando trata de recoger la clave del problema constitucional en la historia y los hechos contemporáneos, y desdén la controversia en-

tre la unidad y la federación y pretende una concordia quimérica en la profesión de apotegmas nebulosos, procediendo con la misma volubilidad con que aconseja la «organización social» y descuida concretarla, con que exalta el cristianismo como elemento inmortal de la civilización y pretende transfigurar la doctrina del Salvador con las fantasías de un visionario, con que predica la igualdad y enseña el privilegio político: la soberanía democrática absorbida ó abdicada, es decir, la libertad en su negación.

En una palabra,—el *Dogma* fracasa en el terreno positivo y aun en lo abstracto cuando debe llevar á sus últimas consecuencias el principio que le sirve de base. Revela salud de corazón, pero el temperamento poético de su autor le afecta: es más imaginación que pensamiento: conmueve, no enseña.

Y no quiero cerrar este libro que explica grandes acontecimientos políticos sin indicar al menos cuál ha sido su eficacia, dónde está el rastro de sus noblezas, dónde está el rastro de sus errores.—Exponerlo metódicamente analizando el movimiento que fomentó, puede ser la materia de otro curso, pero séame lícito bosquejarlo en brevísimas palabras.

Digo que el *Dogma* es principalmente sentimiento; pero sentimiento rico, influyente, creador: el sentimiento argentino, principio virtual de todo lo que en este país lleva estampado un sello de grandeza: el amor de la libertad pleno, incondicional, acendrado como una vo-

cación, exigente como uno de aquellos apostolados que no ceden ni en la labor ni en el martirio. El daba vigor á los pechos que penetraba y les hizo duros en las borrascas y en el incesante afanarse de una vida madurada en las acritudes del destierro. Cuando la tiranía asolaba la patria, ellos la fulminaron... La sangrienta oleada les arrojó, y se fueron... Mas no á deplorar su infortunio con lágrimas estériles. Han sido poetas, publicistas, educadores y soldados.—Su poesía ha sido valiente y su ciencia militante: han conmovido las fibras relajadas del pueblo con sus apóstrofes y los recuerdos de épocas gloriosas avivados en estrofas sonoras, cantando los triunfos de la patria perdida y la majestad del derecho ultrajado, maldiciendo la tiranía, avergonzando los esclavos con la revelación de su miseria. En sus libros y en sus diarios está patente la metamórfosis de sus ideas alteradas por la experiencia y los productos de la revolución. Las nebulosidades del *Dogma* y el fanatismo unitario del *Facundo* son reemplazados, en medio de aquel período dramático,—con los principios netos y conciliadores formulados por el Sr. Sarmiento y el Sr. Alberdi en obras que fueron el primer arranque científico de la organización nacional; y justo es reconocer que no fueron ellos solos los redimidos.—Esparcidos por toda la América han dejado huella en la prensa, en la enseñanza, en la política, sirviendo fielmente los intereses de la civilización continental; y al propio tiempo que

preparaban la reconstrucción de la patria y fomentaban el progreso de sus hermanos, cuyo pan compartían, estaban listos para ceñir la espada y arrojarse en el estrago de las batallas en servicio de la libertad que tanto amaban.—El sentimiento humanitario despertado en los pueblos al reaccionar contra el exclusivismo colonial tuvo á la vez en ellos sus encarnaciones más completas, y les impulsó á ahogar las vanidades de un patriotismo receloso para buscar la alianza de quien pudiera contribuir á la regeneración del país tumbando el inicuo trono de la tiranía.—Han sido liberales, activos, y condescendientes con el pueblo; han sido generosos y perseverantes. ¿Queréis saber por qué?—Oídes.—En 1837 decían: «Nuestro punto de arranque y » de reunión será la democracia. Política, filosofía, religión, arte, ciencia, industria: toda labor inteligente y material deberá encaminarse » á fundar el imperio de la democracia. Política » que tenga otra mira, no la queremos. Filosofía » que no coopere á su desarrollo, la deseamos. » Religión que no la sancione y la predique, no » es la nuestra. Arte que no se anime de su espíritu y no sea la expresión de la vida del individuo y de la sociedad, será infecundo. Ciencia que no la ilumine, inoportuna. Industria » que no tienda á emancipar las masas y elevarlas á la igualdad, sino á concentrar la riqueza » en pocas manos, la abominamos.⁽¹⁾—Al cobarde

(1) *Dogma socialista*, § XII.

» al egoísta, al perjurio,—anatema! Al que mire
 » atrás y sonría cuando suene la trompeta de la
 » regeneración de la patria,—anatema!» (1)—He
 ahí, señores, el secreto de su virilidad. Tenían
 un ideal, y son ideales lo que las generaciones
 necesitan para ser heroicas.—Por eso pudieron
 hacer su divisa de aquella palabra de Job: «El
 ave nace para volar y el hombre para el trabajo».

En cuanto comprende la cuestión política, la
 revolución argentina está desenlazada, y lo ha
 sido bajo el influjo de sus sentimientos liberales
 y democráticos.

No obstante, era imposible que del dualismo
 notado no redundaran sombras en el cuadro. Ba-
 jo el aspecto social, la revolución está en crisis.
 Tenemos forma democrática; nos falta aptitud,
 disciplina, organización, en una palabra; y ya
 sabéis que era éste el punto en que flaqueaba el
Dogma. La experiencia aplicada á la legisla-
 ción degenera fácilmente en empirismo cuando
 no es metodizada por doctrinas absolutas y cla-
 ras; y al analizar sus fórmulas las hemos halla-
 do vagas ó incompletas; muchas, oprimidas por
 la crítica, nos dejan sólo sus vestiduras declama-
 torias: una palabra enfática simulando una idea
 que no existe. El elemento racional del credo
 se evaporó por su propia trivialidad: quedó el
 tradicionalismo, y él ha hecho empírico el gobier-
 no político, empírica la legislación, nula la ini-
 ciativa de reforma que ha estado en todos los

(1) *Dogma socialista*, Proemio.

labios sin concretarse en actos ni en institucio-
 nes.—Esto explica, señores,—por qué el orden
 social no ha sido puesto de acuerdo, en los veinte
 años que van corridos desde el renacimiento de-
 mocrático,—con su plan de gobierno político:
 porque los que promulgaban yo no sé qué ar-
 monía ascética de los espíritus, evidentemente
 quimérica, han excedido á veces todos los lími-
 tes que la prudencia y el amor de la patria po-
 nen al antagonismo de los partidos; por qué los
 que repudiaban todo vínculo con el pasado, han
 idolatrado en él y alojado en su espíritu adhe-
 siones indiscretas á lo vetusto y á lo irrevoca-
 blemente vencido, odios sacrílegos como son los
 que no se detienen en la tumba de los mártires,
 semejantes al que inmola ante la posteridad el
 nombre glorioso de Manuel Dorrego; por qué se
 pretende conciliar el centralismo unitario de las
 provincias con la estructura federativa de la
 nación: por qué se mutila la libertad civil con
 legislaciones inveteradas ó transcriptas, y se
 oprime las personas con una administración de
 Justicia ajena á las fuentes populares; y lo que
 resume cuanto revela en nuestro presente esta-
 do la indolencia de un empirismo desastroso,—
 por qué no se educa al pueblo para que se posea
 á sí mismo, en vez de vivir pidiendo á las revo-
 luciones disimulo para su servidumbre, ó con-
 tento con un derecho nominal que no encubre,
 ni para la víctima ni para el observador, las
 traiciones del despotismo que ha desaparecido
 del centro para diseminarse en la periferia.

No inculpo, señores: analizo y juzgo. A cada día dice el Evangelio, le basta su propio afán; y si cada generación tiene el suyo, admiremos á los que han sido perseverantes en su tarea histórica, y acometamos la obra común, encadenada á través de los tiempos,—donde concluye su labor, para continuar, estimulados con su ejemplo, el desarrollo de la libertad y de la civilización en este país que nuestros abuelos y nuestros padres nos han enseñado á amar.—Y despedámonos acogiendo los nobles y varoniles consejos con que Esteban Echeverría conmovió la juventud de su tiempo al incitarla á la acción política, cuyas glorias no le dejó la muerte compartir: «No os echéis á dormir bajo la tienda que » levantaron vuestros padres. El mundo marcha: marchad con él. El reino de la verdad no » vendrá sino con guerra. La que os espera será » cruda; pero triunfaréis con la ayuda de Dios y » de vuestra constancia y fortaleza. Caed mil » veces, pero levantaos otras tantas. La libertad, » como el gigante de la fábula, recobra en cada » caída nuevo espíritu y pujanza: las tempestades la agrandan y el martirio la diviniza!»

FIN

INDICE

	<i>Página</i>
PRÓLOGO	7
LECTURA PRIMERA	
La tiranía de Rosas.—Sus antecedentes.—Giro de la revolución argentina.—Los partidos y sus descomposiciones.—Papel que la tiranía les criaba.—La juventud y la Asociación «Mayo»..	11
LECTURA II	
Qué es el <i>Dogma socialista</i> de la Asociación «Mayo».—Su importancia como programa de una generación.—Su método.—Equivale á una revolución filosófica y política.—Sus principios generales	39
LECTURA III	
<i>Asociación</i>	67
LECTURA IV	
<i>Progreso</i>	89
LECTURA V	
<i>Fraternidad, Igualdad, Libertad.—Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa: el cristianismo, su ley.....</i>	113